

Periódico El Centinela, fundado en 1893 por José María Moncada Tapia.

Prefiere el periodista establecerse en Managua, después de organizada la Junta de Gobierno y continuar allí trabajos de prensa. EL CENTINELA se editaría en la capital. Varios amigos le ayudaron para la compra de una imprenta. Entra de lleno en aquel ambiente preñado de recelos y rivalidades, Caja de Pandora al fin.

La primera contienda estalla entre los iniciadores de la guerra, del 28 de Abril. Dos fracciones, la genuina conservadora, con Montiel a la cabeza, y la progresista con Zavala, se disputaron el Poder.

Triunfa la progresista y Zavala toma el mando del estado, como Presidente Provisional en virtud de una Junta de Notables para ese resultado convocada.

Zelaya se ofrece inmediatamente a Zavala y cambian impresiones. Transcurrían los primeros días de Julio. La contrarrevolución liberal tomaba fuerza en la Metrópoli con Godoy y Chavarría, lugartenientes de Zelaya, escogidos por El en el momento de los arreglos de Sabana Grande. Habían sido designados Jefes del cuartel de León.

Al estallar el movimiento el día 11, Zelaya hace con Zavala el último esfuerzo. Este le contesta que no puede separarse de sus antiguos amigos, los conservadores genuinos.

Zelaya y varios amigos marchan para Occidente, de donde le llamaban como a Jefe de la contrarrevolución. Le acompañaban luego todos aquellos notables liberales de la clase de Francisco Baca, padre e hijo, de Francisco Montenegro, José Madriz y otros, y también el entonces Coronel Anastasio J. Ortiz, de lineamientos conservadores.

Moncada seguía siempre a Zelaya, aunque no en la guerra, con sincera simpatía. No había definido sus ideas partidaristas EL CENTINELA. Ni conservador ni liberal, solamente deseaba una vida distinta para su patria; que el Gobierno prosiguiera por senderos de libertad y orden, sin caer en los extremos sectarios como se conocían en Nicaragua desde el alba de nuestra independencia de 1821.

Zavala no pudo sustraerse a la influencia extremista. Su Gobierno nació en el nido oligarca y parecía impotente para desarrollarse sólo y con nuevas y reales energías. EL CENTINELA renació en Managua en los días del movimiento occidental. Hizo campaña luego contra conservadores genuinos. El nuevo Presidente recibía excitativas para suprimir el periódico, pero sólo las escuchaba.

De la Sultana clamaba cierta prensa, duramente, contra Moncada. El Director General de Correos impedía por modo expreso la circulación de las hojas adversarias del Gobierno; pero más directamente de las que deseaban el olvido de lo pasado, tan oligarca, y el nacimiento de una nueva era, democrática y liberal, liberal y no de familias privilegiadas.

EL CENTINELA Y EL DIARITO de Carlos Selva tenían nota negra en los conciliábulos y en la voluntad esforzada de la oligarquía.

Esta palabra, oligarquía tiene raíces profundas en el planeta que habitamos, desde los tiempos de Zoroastro, de la India y los Arios, o de Mahoma y de todas las naciones europeas de aquellos troncos principios engendrados; y es de justicia y de honor que el pueblo se rebele contra ella, porque el pueblo no ha nacido esclavo, sino en la igualdad perfecta de inteligencia, voluntad y cerebro.

Si Dios mismo nos hizo a su imagen y semejanza, todos tenemos derecho a gozar del patrimonio común, no en el sentido oligarca, restringido, menos en el sentido comunista, el sentido de los que no trabajan, sino pretenden vivir de lo ajeno. Mucho se abusa de la palabra divina.

Si descendemos del Ser Supremo, su Justicia, por igual ha de descubrirnos a todos; y no es de los cristianos ni católicos el pensar que Dios tiene la culpa de la desigualdad que existe en el mundo.

Si nos forjó a su imagen y semejanza, todos tenemos derecho a la igualdad y si no sabemos usar este derecho, quiere decir que en este mundo perecedero nos hemos pervertido, por halago, necesidad, ignorancia, ambición o miseria. Palabras que por sí solas representan la mezquindad humana. El Ser Supremo, pues, no tiene la culpa.

Consiguientemente, en política y en todas las circunstancias de la vida, la doctrina de la igualdad es primera y en ella ha de inspirarse el legislador para declararla y reglamentarla en el mundo.

Zavala pensaba en el bien del pueblo y que a las violencias de sus amigos y consejeros respondía invariablemente con la palabra igualdad. Si tanto pecan los liberales como los conservadores, el castigo ha de ser para ambos bandos, no sería justo que por algún partido que nos ha llevado al Poder se sacrifique a los demás.

De esta manera, por el pensamiento generoso del Presidente Zavala, en medio de la guerra, la libertad de imprenta, y por ello decimos que él merece el renombre de liberal honesto en la administración pública. Es una legítima gloria de Nicaragua.

El CENTINELA atacaba al conservatismo extremista y por esta causa algunos querían suprimirlo como también a EL DIARITO redactado por Carlos Selva, uno de los escritores más briosos que Nicaragua ha tenido. Mas no pudo Zavala evitar un día que el redactor de El Centinela fuera llamado al Despacho de la Gobernación para amonestarle. Se decía que le darían de alta para engrosar las filas conservadoras en Mateare y Nagarote, donde ya paleaba por su triunfo la Revolución de Julio, pero los hechos no comprobaron el rumor.

El Centinela no pasó pues a mejor vida. Se mantuvo en la porfía con un periódico granadino, porque los periodistas, enfermos de escritura y publicidad, son

como las familias mal educadas, o el pueblo de los mercados. Mientras los demás pelean de verdad y frente a frente, los periodistas cruzan el espacio con sus diatribas, muy lejos, es claro, del combate real y verdadero. Gustan de los mandobles de la pluma, pero no de la espada. Y El Centinela hubo en aquellas terroríficas circunstancias un émulo tan espiritado como el diablo, en esta clase de ejercicios de lenguaje.

Mientras la guerra ardía, Moncada reflexionaba. A cada golpe recibido, su experiencia enriquecía. En el Hotel Lupone conoció a muchos hombres, ya célebres en la vida de Nicaragua y Honduras.

En el Hotel Lupone, Policarpio Bonilla, emigrado hondureño quien recogía con sus compañeros las armas que conservadores y liberales dejaban u olvidaban en el camino.

Era hormiga que acarreaba para sus hijuelos. El Centinela fue su partidario y le ayudó con palabras y escrituras, no con la sangre, contra el tiranuelo de Honduras, Domingo Vásquez, de quien se decía muy mal en Managua por haber insultado la Bandera nicaragüense.

En el Hotel Lupone, Moncada hizo igualmente íntima amistad con Rigoberto Cabezas, Carlos Alberto Lacayo y Horacio Guzmán, ex Ministro de Nicaragua en Washington.

En la tertulia, Moncada escuchaba a aquellos hombres. Horacio Guzmán afirmaba con frecuencia que el Departamento de Estado deseaba la reincorporación de

la Mosquitia y que por esa causa era obra sencilla llevarla a término. Lacayo y Cabezas se posesionaron con entusiasmo de la idea. Al triunfar Zelaya, Ellos mismos le propusieron el plan y esto sin duda dio origen al nombramiento de Rigoberto Cabezas para la Intendencia de la Costa Atlántica y de Lacayo, en calidad de Comisario.

En consecuencia del Hotel Lupone salió la idea, apoyada con el brazo y el poder de Zelaya, a quien ha de tributarse el honor merecido por su amor a la Patria. En esto pocos nicaragüenses podrán resistir una comparación o igualarle.

Otro incidente de confianza y amistad, abrió mucho los ojos de Moncada. El tenía simpatías por el Gobierno de Zelaya, deseaba su progreso; pero en El Centinela se veía de continuo obligado al ataque contra algunos hombres influyentes del Gobierno y no hallaba el medio de evitarlo, por su propio temperamento y el carácter independiente de su periódico.

Rigoberto cabezas - le decía, "Yo no encuentro una salida honrosa para éste diario. No quisiera atacar al Gobierno de Zelaya.

- Suprímalo y acepte un puesto en el Gobierno. Hay un empleo que le conviene, Juez de Minas de La Libertad. Allí hay oro."

Moncada recibió a mal el consejo de Rigoberto Cabezas, pero guardó silencio. Hace después la misma pregunta al presidente Zelaya, quien igualmente guardaba afecto.

- Suprima el diario y escoja un puesto en el Gobierno dijo.

La resolución del problema envolvía al protagonista de ésta narración en intensas meditaciones. Le parecía. Le sabía muy mal el abandono de aquella que él, como muchos, han llamado, la tribuna de la prensa, el cuarto poder del Estado, por un empleo.

Se hallaba poseído, a la manera de todos los periodistas, de tan grande y excelso apostolado.

Resolviese a la lucha, a concluir como bueno la jornada, y los ataques a los hombres de Zelaya, especialmente contra José Dolores Gámez y Anastasio Ortiz, subieron de tono y colorido.

Contra el primero tenía Moncada un pequeño saldo pendiente, por haberle propuesto el día de la entrada triunfal de Zelaya a Managua, la redacción de LA GACETA. Y de qué manera? repuso Moncada.

Ud. sabe que EL CENTINELA es diario independiente, que de cuando en vez podría censurar al Gobierno, mientras que en LA GACETA me vería obligado a defenderle.

Los ojos movibles de Gámez se fijaban en unos papeles. Ya era dueño, sin nombramiento, del Ministerio de Fomento. Acababa de decir. "Esto lo hemos hallado". Parecía una confesión salida del fondo de su alma, pues en La Cuesta habían triunfado las fuerzas de Zavala, cuando un Jefe conservador ordenó la retirada.

Gámez, en fin contesta:

Eso es muy fácil.

-Pero no lo haré, replicó el Redactor de EL CENTINELA. Le recomiendo a Manuel Coronel Matus para ese puesto, quien hubo de ascender, por ese medio, a principales dignidades de La República, porque lo merecía, por su talento y devoción al Liberalismo.

Los escritos de EL CENTINELA produjeron efecto. Cierta día recibió orden su redactor de llegar a Palacio.

Llegó. Zelaya se hallaba sentado en su escritorio. Gámez de pie en frente. Otro personaje Luciano Gómez emuló a Gámez, sentado en una butaca.

Zelaya ofreció asiento al recién llegado. Gámez esquiva la mirada.

Qué motivos tiene usted para atacar al Gobierno? preguntó el Presidente.

No es el Gobierno a quien ataco, contesta Moncada, sino a Gámez y a Ortiz.

Eso es lo malo, dijo muy quedo, guiñando el ojo, Luciano Gómez.

Estad ha da someterse a la censura, interrumpe Gámez colérico.

De lo contrario su Diario será suprimido.

-- Es preferible esto, señor Presidente. Pues no me someteré a la censura de su ministro. Prefiero volver a Masatepe a sembrar café.

-sí. Repuso Zelaya con ironía, la agricultura necesita de brazos.

Moncada guarda silencio y pide permiso para retirarse, pensando en que su brazo lo emplearía alguna vez en contra de la dictadura. Había de llegar la hora.

Comenzaba aquel régimen, pero ya se llevaban por fuerza a Managua, a los indios de las Segovias para cortar café.

Descansa un momento en su casa el Redactor de LA CENTINELA

Luego entra un ayudante del Presidente y le dice que de orden superior se presente al Comandante de Cuartel Principal, Aurelio Estrada.

Obedece el referido Redactor y se presenta en el cuartel.

Estrada estaba impaciente. -Sentía cariño por Moncada. Eran ambos buenos amigos. Ocorre al teléfono y pregunta

-De capitán, contesta el mismo Presidente.

Por unos artículos de periódico alcanza entonces Moncada su primer grado en el Ejército. Empero, Estrada le concede permiso para trasladarse a Masatepe, a la siembra de café ciertamente pues poseía una pequeña finca.

Era el final de 1893, noviembre, según las crónicas. Ya crujía la guerra en Honduras.

Estrada creía que le enviarían allá, enseguida y dijo a Moncada que le llamaría en este caso. En efecto, le llamó. Mas no quiso ir el periodista. Todavía repugnaba la guerra a sus sentimientos y había desaparecido su creencia en Zelaya.

Objeto de cavilaciones y profunda meditación ha sido para el ex-Presidente este capítulo de su vida.

Cree que es el suceso más responsable de su actuación revolucionaria de su afición militar, de su destino casi. En los años subsiguientes, su alma se encendía contra Zelaya. No le aborrecía, pero quería su caída. Apenas escuchaba algo de movimientos guerreros, el periodista pugnaba por tomar la espada. Su primera ambición, la fama del escritor, se desvanecía, se le arrebatava la pluma y también la libertad de pensar. Presentía su porvenir deshecho, rota la pluma y se erguía contra la injusticia, el vacío en que la tiranía le arrojaba.

Había trabajado mucho ese año por mantener EL CENTINELA. Lo escribía de día y por la noche impulsaba con sus pies la prensa de pedal en que se editaba.

El mismo envolvía y enviaba al correo los paquetes de su diario, para todos los agentes y en parte para el exterior. Obrero y escritor a la vez, gacetillero, así que asistente a la Asamblea Constituyente de aquel año, de la cual tomaba los discursos de los oradores, de Coronel Matus, Policarpio Bonilla, Luciano Gómez, Gustavo Guzmán y tantos otros.

Una que otra vez tuvo colaboradores oficiosos. Vivía al día, en la pobreza, y bajo la balumba de la política y de los clarines guerreros.

¡Cuántas veces, en la vigilia, ha creído con fe ciega en la profunda certeza de la psicología, de cuando afirma que la adversidad forja al hombre más que el goce de todas las comodidades.' Le da aliento para resistir, si su alma ha tenido la lumbre del carácter, encendida desde la infancia.

La persecución que el Gobierno de Zelaya inició contra él. Ora por sí mismo ya por medio de sus agentes, fue tan dura y a muerte, que cada quilate de su rebeldía se aceraba, forjándole estoico al dolor, insensible a la cárcel, sereno, con desprecio de la muerte tantas veces y tan de cerca presentida.

Más bien encendiese el perseguido en su ambición de luchar contra la dictadura y de vencerle. Fueron diez y siete años de pensamiento y acción, destierro, pobreza y propaganda, que ayudaron a la ruina de la dictadura zeyalista. Siente por ello el escritor cuando de esto habla, el orgullo más justo.

Copiado de la Colección Manfut, transcrito por Iván Falla Moncada, Mayo 11, 2017.